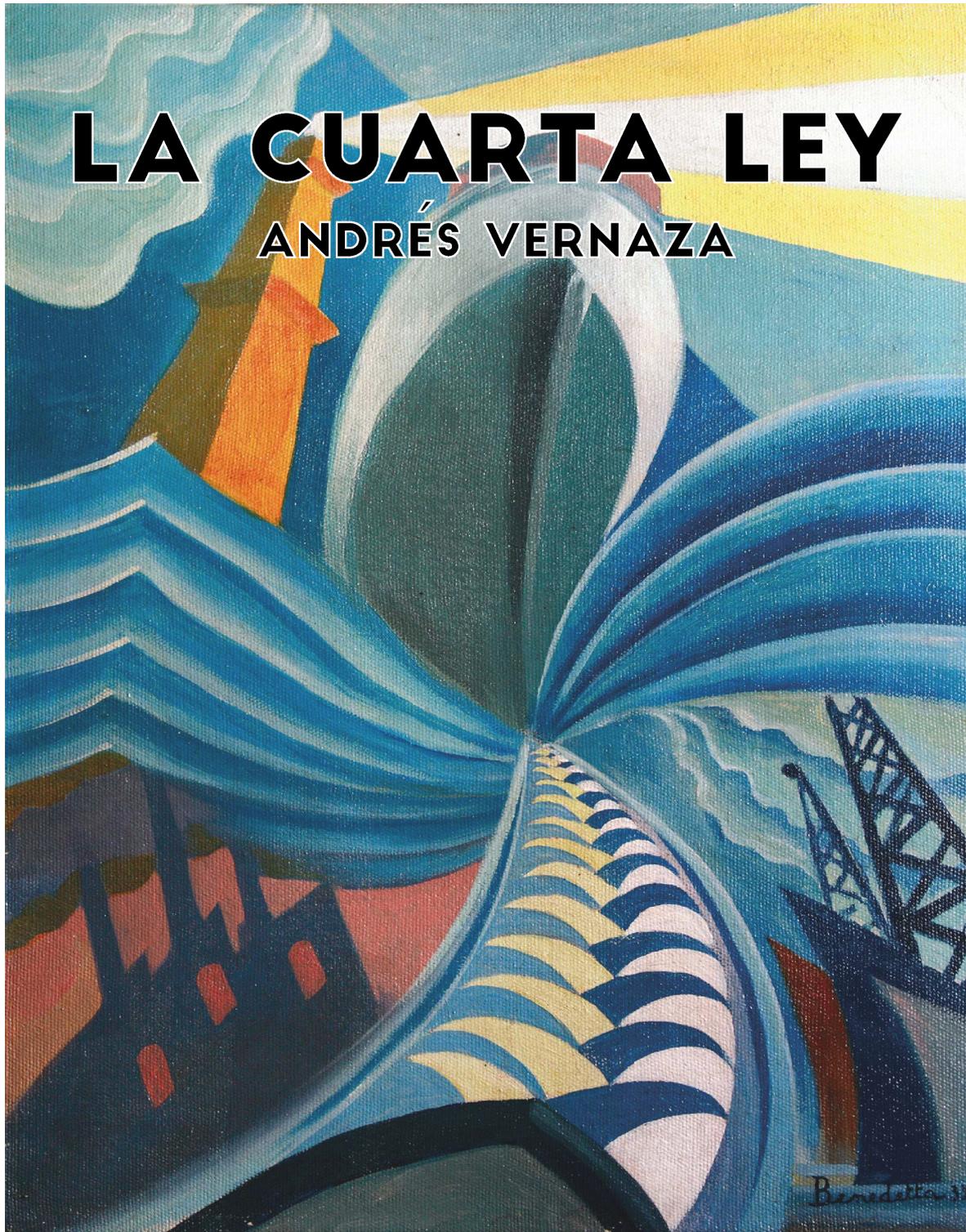


La cuarta ley

Andrés Vernaza Briglovics



Capítulo 1

Las tres leyes robóticas:

Un robot no debe dañar a un ser humano o, por su inacción, dejar que un ser humano sufra daño.

Un robot debe obedecer las órdenes que le son dadas por un ser humano, excepto cuando estas órdenes están en oposición con la primera Ley.

Un robot debe proteger su propia existencia, hasta donde esta protección no esté en conflicto con la primera o segunda Ley.

Manual de robótica

1 edición, año 2058.

Habían pasado ya muchos años desde la última vez que Augusto había revisado sus viejos apuntes de robótica. Pero aquella mañana lluviosa, se levantó más nostálgico que de costumbre. Colocó la huella del índice derecho sobre el lector del baúl, escuchó el pestillo deslizarse dentro del mueble y el sonido sutil del aire que entraba de nuevo al arca. Lo abrió y comprobó que sus libros habían permanecido intactos, desde el lejano día en que había renunciado a su carrera en el Instituto. Ahora estaba leyendo del primero que había encontrado. Bajo el último apartado de la sección, habían un par de líneas garabateadas con prisa. Augusto reconoció con asombro la caligrafía que solía tener hacía más de treinta años:

Un robot no podrá tener habilidad de creación artística, incluso cuando ello vaya en contradicción con la segunda Ley.

Cerró el libro en cuanto terminó de leer. Después de quitarse los anteojos, posó una mirada distraída en las gotas de lluvia que escurrían del otro lado de la ventana. De modo que en aquellas líneas sucintas se resumía toda su lucha con Estévez. Intentó recordar cuando había sido la última vez que se habían encontrado. Hace algunos años creyó haberlo visto en uno de los vagones del Monorriel. En aquella ocasión Augusto había hecho todo lo posible por mantenerse escondido entre el tumulto: lo último que quería, era que su antiguo rival lo reconociera en una situación tan penosa.

Esta mañana, al leer el obituario del Dr. Estévez en el comunicado necrológico, había experimentado una mezcla de sentimientos encontrados. De un lado estaba la envidia por el éxito de la carrera de su contraparte, quien sería recordado por siempre como uno de los padres de la robótica humanoide. Él seguramente moriría olvidado por el mundo, en

este modesto apartamento a las afueras de la ciudad. Se preguntó si, el día en que ello ocurriera, al menos alguien reconocería su nombre en el comunicado. Del otro lado estaba la satisfacción de saberse el más inteligente de los dos: después de todo, Estévez no había logrado duplicar su tecnología, ni siquiera tras intentarlo durante años. No lograba comprender por qué la victoria tenía un sabor tan amargo.

Augusto se sentó al borde la cama y, después de volver a ponerse los anteojos, guardó el libro dentro del baúl. Se dirigió a la cocina y se preparó una taza de café negro con tostadas. Deslizó su tarjeta de crédito por la ranura del televisor y al instante se proyectó el periódico en la pantalla. Intentó leer las noticias, pero no logró concentrarse en ellas. En todos los titulares aparecía la foto del Dr. Estévez, seguida de unas palabras laudatorias acerca de la importancia de su trabajo. "Ausente pero nunca olvidado", "Muere el padre de la robótica moderna", "Se esfuma una vida puesta al servicio de la humanidad". Augusto le dio un golpe al borde del televisor, haciendo que se apagara de nuevo. No podría tolerar estas patrañas por mucho tiempo. Aparentemente Estévez había logrado engañar a todo el mundo, ocultándose bajo esa fachada de abuelo desinteresado y bonachón. Él era de los pocos que lo habían conocido como realmente era. Se serenó respirando hondo y decidió que lo primero que tendría que hacer sería atravesar el día.

Cuando estuvo listo para salir, se dirigió a la puerta del apartamento. A su lado descansaba un androide del tamaño de un niño, acurrucado en forma de esfera. Augusto le puso la mano a unos centímetros de la cabeza. Entonces se encendieron varias luces azules dentro de su visor, que imitaban la forma de unos ojos humanos.

—Buenos días, Tin —lo saludó Augusto, acariciándole la cabeza. El robot se incorporó y le devolvió el saludo a su amo, agitando la mano.

—¿Listo para enfrentarte a otro día de mierda? —le preguntó con fingido entusiasmo.

El robot asintió con varios movimientos enérgicos de la cabeza. Augusto no pudo evitar sonreír. Tomó un trapo de la cocina, le untó un poco de lustrador y lo utilizó para pulir con calma la carcasa metálica del androide. Pronto estuvo tan reluciente como el día en que había terminado de construirlo. Luego le colocó una boina negra sobre la cabeza.

—Está bien. Agarra tus cosas y vámonos. Te compré materiales nuevos.

Tin fue a la sala y tomó un morral del sofá. Sobre la mesa del comedor reposaban lápices de carboncillo, óleos y pinceles en sus estuches. El androide los desempacó con cuidado y los fue acomodando dentro de la mochila, que después aseguró a su espalda. Por último agarró el caballete plegable que estaba en medio de la habitación y, después de doblarlo, lo

sostuvo bajo el brazo. Augusto, por su parte, tomó los lienzos que había preparado durante la noche anterior y los guardó en la maleta de rodachines que mantenía junto a la puerta. A continuación partieron juntos para el trabajo.

Capítulo 2

La mañana transcurría como cualquier otra en la capital. Camino al Monorriel, Augusto se divertía observando a la gente que luchaba por llegar a tiempo al trabajo. Las personas caminaban deprisa, con la mirada absorta en los correos y las noticias que recibían en las minúsculas pantallas de sus gafas inteligentes. No era inusual que chocaran entre ellos, pero al ocupar toda su atención en la tarea, seguían caminando como si nada. Algunos tomaban pastillas nutricionales, en las breves pausas que hacían mientras dictaban instrucciones a los androides que caminaban junto a ellos. Otros procuraban esquivar el tráfico peatonal montados sobre deslizadores portátiles, o bien valiéndose de las modificaciones de tracción que habían incorporado a sus robots. Los artistas callejeros, y uno que otro vagabundo, comenzaban a montar sus puestos en los túneles que conducían al Monorriel. Nada auguraba que sería un día fuera de lo común.

Tras descender durante varios kilómetros, con la ayuda de las bandas caminadoras, llegaron por fin a la estación. Uno de los sistemas de ventilación estaba en mantenimiento, de modo que un aire mustio y caliente envolvía todo el lugar. Después de luchar contra el tumulto, Augusto y Tin lograron asegurarse un cupo en uno de los vagones. Los empujadores se cercioraron de que nadie se quedara por fuera. Entonces el tren magnético se levantó de los rieles y se puso en marcha. Como en todas las mañanas, Augusto sintió dificultad para respirar en medio de la muchedumbre. Para aligerar un poco la espera, intentó concentrarse en la música clásica que sonaba en el fondo.

Siete minutos después, Augusto y Tin se encontraban en el centro de la ciudad. Luego de atravesar los túneles, emergieron en una plaza monumental. Aunque tuvieran que cruzar toda la ciudad para llegar hasta ahí, seguía siendo uno de los lugares favoritos de Augusto. Era una de las últimas plazas que aún no tenía jardines artificiales. El olor que desprendían los troncos en la mañana le recordaban los días de su niñez, cuando solía jugar bajo la sombra de los alcaparros. Era una lástima que por estos días no se escuchara el rumor de ningún animal entre las ramas. Una estatua de bronce oxidado, en la que se podía distinguir a un hombre dando la mano a un brazo robótico, coronaba la mitad de la plaza. En la placa que tenía debajo se podía leer: George Devol (1912-2011), padre de la robótica universal. Augusto miró su reloj, eran las ocho de la mañana.

Mientras fue a buscar un taburete, Tin organizó las pinturas, armó el caballete y le puso un lienzo en blanco. En cuanto terminó, se quedó esperando a su amo en el puesto. Apenas lo vieron, dos policías se acercaron a él.

—Papeles —escupió uno de los agentes de uniforme negro—. Tin sacudió la cabeza y estiró el brazo, señalando a su amo.

—¿Qué, no puedes hablar? —dijo el segundo agente. Tin sacudió la cabeza de nuevo.

—Sin autorización de la Alcaldía no pueden quedarse aquí. Tendremos que decomisar sus materiales —explicó el primero.

Tin se quedó observando, mientras los agentes desbarataban el puesto. En ese momento llegó Augusto corriendo y, entre exhalaciones desesperadas, les mostró los papeles. Los agentes regaron los materiales en el piso, sin el menor cuidado. Antes de irse, el segundo agente agregó:

—Dada su edad, le recomendamos que cambie ese pedazo de chatarra por un modelo más nuevo.

Ambos agentes rieron mientras se marchaban. Cuando terminaron de recoger todo, Augusto tomó un pedazo de cartón y escribió las palabras "Retratos: 20 dólares" sobre él. Cerca de las diez de la mañana tuvieron su primer cliente. Fue una mujer enorme, con cara de hipopótamo nostálgico. Después de retocarse el maquillaje, se sentó encima del taburete, que casi colapsa bajo su peso. Tras recibir algunas instrucciones de Augusto, Tin se puso a hacer trazos sobre el lienzo. La mujer estuvo lanzándole miradas furtivas a Augusto durante todo el tiempo que el androide la estuvo retratando. Al cabo de unos minutos, el anciano le entregó un retrato idéntico de su persona, hecho en carboncillo. La mujer obesa dejó escapar un grito de sorpresa cuando lo recibió. Después le plantó un beso a Augusto en la mejilla y le entregó un billete en la mano. Antes de marcharse, le exigió que le diera su número celular, en caso de que tuviera reclamos. Se marchó con un número falso, anotado en el reverso de su retrato.

Estuvieron sin hacer mayor cosa durante el resto de la mañana, esperanzados en tener más clientes a la hora del almuerzo. Augusto intentaba terminar un crucigrama, cuando se empezaron a oír los gritos cacofónicos de una marcha. Al cabo de unos minutos, una enorme multitud irrumpió en la plaza. Llevaban retratos icónicos del Dr. Estévez y pancartas en las que se leían mensajes de agradecimiento por su labor. Un hombre alto, flaco y bien parecido gritaba cuñas ridículas en exaltación del científico muerto por un megáfono, que los integrantes de la marcha repetían, como loros idiotizados. Luego se instalaron en medio de la plaza y comenzaron a colocar cintas de seguridad alrededor de la estatua de Devol. Varios peatones curiosos se acercaron con prisa, para ver más de cerca el alboroto. Augusto dejó a Tin a cargo del puesto y procuró

imitarlos.

Tan pronto como llegaban a la manifestación, un tipo serio de traje y corbata les iba dando la bienvenida. Cuando consideró que habían atraído a suficientes personas, el tipo le pidió silencio al del megáfono. Entonces los integrantes de la marcha se callaron. Augusto esperó con impaciencia una explicación.

—Buenos días, damas y caballeros —empezó a decir el del traje—. Como todos ustedes seguramente sabrán, esta mañana ha fallecido uno de los hombres más ilustres de la humanidad: el Dr. Evaristo Estévez.

Los miembros de la manifestación aplaudieron con furor. El señor les pidió silencio.

—El Dr. Estévez dedicó la mayor parte de su vida al servicio desinteresado por los demás. Gracias a él, tuvimos los avances de robótica que hacen que nuestras vidas sean mucho más productivas, por no mencionar cómodas. Es más, casi que se ha borrado la pobreza de la faz de la tierra, y todo gracias a la robótica moderna —Augusto comenzó a enfurecerse—.

—Todos estaremos de acuerdo en que los actos del Dr. Estévez nunca deben ser olvidados —los manifestantes vitorearon de nuevo—. Es por ello que nosotros, sus devotos admiradores, exigimos a la Alcaldía que renombren esta plaza en nombre del doctor, que tumben la estatua de este impostor —dijo señalando a la estatua de Devol—, y que erijan un monumento en honor al verdadero padre de la robótica: el Dr. Estévez —entonces los gritos de la manifestación fueron tales, que se escucharon por varias cuadras a la redonda—.

—¿Podemos contar con su apoyo? —preguntó el tipo del megáfono—.

Varias personas se incorporaron a la manifestación.

—¡Mentiras, mentiras, mentiras! —gritó Augusto encolerizado—.

Los manifestantes que se encontraban más cerca, se callaron apenas lo escucharon. Pronto toda la manifestación estuvo observando al anciano iracundo que gritaba disparates.

—¡No se dejen engañar por las mentiras de este charlatán! —dijo Augusto señalando al señor de traje—. Estévez fue un viejo mezquino, al que solo le interesaba el dinero.

—¿Cómo se atreve a hacer una acusación semejante sin fundamento? —replicó el de traje.

—Sin fundamento —masculló Augusto entre dientes—. Trabajé con Estévez durante más de diez años. Lo último que le importaba era el bienestar de la humanidad.

El sujeto de traje se rió en voz alta, haciendo una pantomima exagerada. Antes de volver a hablar, escruto a Augusto de pies a cabeza.

—Me cuesta mucho creer que un anciano limosnero haya trabajado junto al hombre más brillante de este siglo —le acusó con un tono soberbio—.

Algunos de los manifestantes imitaron su risa y otros, exaltados por la tensión del enfrentamiento, prorrumpieron en insultos contra Augusto.

—¡Perdedor! ¡Mentiroso! ¡Fracasado! ¡Vejete envidioso! —fue unos de los pocos que alcanzó a escuchar—.

—Ahora —continúo diciendo el sujeto de traje—. Si no está a favor de nuestra causa, le pido que por favor se retire. Y que deje de manchar el buen nombre de mi tío, con sus acusaciones delirantes.

—¡Que viva Estévez, que viva para siempre! —gritó el tipo del megáfono a todo pulmón, justo cuando Augusto se preparaba para responder—.

Los manifestantes hicieron eco de sus palabras y pronto el bullicio fue demasiado para que se oyera la voz de Augusto. Al darse cuenta de que era inútil gritar, se resignó a aceptar que la manifestación seguramente sería exitosa. Cada vez que llegara al trabajo, se vería obligado a contemplar una estatua en honor a su rival. Cada vez que llegara al trabajo, tendría que recordar que era un fracasado.

Entonces se alejó de la muchedumbre y regresó a su puesto. Tin lo esperaba sentado encima de un muro. Al ver los materiales, notó que el androide había pintado un par de retratos durante su ausencia. Lastimosamente Tin no estaba programado para cobrar por su trabajo, de manera que no tenía dinero que dar a su amo. Movidó por la frustración, Augusto descargó un sonoro golpe en la cabeza del robot, consiguiendo únicamente hacerse daño en la mano. Cuando se le pasó la rabia, le pidió perdón a Tin, que ni siquiera había reparado en el golpe. “No es tu culpa que no sirvas para nada”, le dijo en medio de un suspiro, “la culpa es mía”. Con ayuda de Tin, recogió los implementos que habían sobrado y regresó a su apartamento. Durante el trayecto de vuelta, no paró de repasar los elocuentes argumentos que le habría podido decir al sobrino de Estévez. Fue una lástima que ninguno se le hubiera ocurrido en el momento.

Capítulo 3

Augusto llegó a casa desalentado. Se le había formado un nudo en la garganta, desde la discusión con el sobrino difamador. Aún podía escuchar los insultos que había proferido la multitud: "Fracasado", "vejete envidioso", repetía una y otra vez en su mente. No lograba concebir que tantas personas se alzaran así, para defender la reputación de Estévez. Pensó que nadie nunca haría algo parecido por él. Tal vez ya de nada valía que hubiera sido un científico prominente en su juventud, más cuando parecía que él era el único que lo recordaba.

Al cerrar la puerta del apartamento, arrojó los materiales en una esquina y dejó que su mano reposara sobre la cabeza de Tin. El androide se desactivó, volviendo a su posición acurrucada. Camino al cuarto, se detuvo ante el espejo y se quedó mirándose en él durante un buen rato. Examinó con reprobación la camisa raída que llevaba, en la que apenas se podían distinguir los colores originales, el pantalón remendado en una rodilla, las puntas de los zapatos despintadas y el brazo partido de los anteojos. Nunca hasta entonces le habían dicho limosnero, era el insulto que más le había dolido. Tal vez no estaba tan alejado de la realidad, por lo menos su atuendo no se encargaba de desmentirlo. Se desplomó sobre la cama, con la ropa aún puesta, y se extravió durante horas en el laberinto de su memoria.

Recordó sus primeros días en el Instituto Nacional de Robótica, cuando estaba recién egresado de la universidad. Augusto nunca había sido de los mejores alumnos, pero había logrado ganarse la aprobación de sus profesores, gracias a su afán insaciable por la investigación. Fue así como logró asegurarse un cupo en el mejor centro de investigación de robótica del continente. Era el trabajo con el que siempre había soñado.

A los pocos meses de su llegada, un muchacho acomplejado por su complexión pálida y pelo grasiento ingresó al Instituto: Evaristo Estévez antes de volverse famoso. No se podía decir que el desempeño del joven Evaristo fuera mediocre, pero Augusto lo superaba con creces en todos los ámbitos en los que competían. Al cabo de un lustro ambos contaban con el título de doctor, si bien Augusto lo había obtenido más de un año antes, por su brillante trabajo en robótica conductual. Así, mientras Estévez continuaba siendo un desconocido entre sus colegas, Augusto ya se había ganado el aval de los directores para que financiaran su investigación. Al ver el rápido avance de su contraparte, Estévez optó por renunciar a su proyecto y seguir por la misma línea de investigación que Augusto, rogándole para que lo dejara unirse a su equipo. Augusto aceptó complacido, en parte porque le tenía un poco de lástima, y en parte porque consideró que tener otra perspectiva le sería beneficioso.

La carrera de Estévez floreció maravillosamente bajo el tutelaje de Augusto. Al comienzo Evaristo no hacía más que duplicar las ideas de Augusto con leves ajustes, para pasarlas como suyas, pero terminó por contagiarse de su pasión por la robótica conductual. Juntos se convirtieron en la máxima autoridad en la materia de todo el Instituto. Su meta era lograr que el comportamiento de los robots se asemejara cada vez más, dentro de lo posible, al humano. Augusto solía decirle a Estévez que con su trabajo cambiarían el mundo: las posibilidades que abría la robótica conductual eran inagotables. Augusto soñaba con un futuro en donde las tareas operativas y domésticas pudieran ser delegadas a estos seres artificiales. Una especie de paraíso moderno, en el que los humanos podrían dedicarse a aquello que agitara su alma, sin que tuvieran que preocuparse por ganar un sustento del que vivir, ocupados en un trabajo que odiaban. Estévez, por su parte, se enorgullecía de jugar a ser dios, al tratar de crear unos seres a su imagen y semejanza.

Hacia el final de su única década como investigador del Instituto, Augusto hizo su mayor descubrimiento. Pasó toda una noche en vela, trabajando impulsado por un soplo de inspiración repentina. Al llegar la mañana, tuvo en sus manos una pequeña caja negra para mostrar. Cuando Estévez llegó al laboratorio, encontró a Augusto en una especie de trance. Caminaba por todo el lugar, repitiendo frases inaudibles bajo su aliento: parecía estar inmerso en un arduo debate contra sí mismo. Ni siquiera reparó en la llegada de Estévez, hasta que este se acercó para saludarlo.

—Tengo que mostrarte algo —le dijo en respuesta a “sus buenos días”.

Mientras Estévez se sentaba, Augusto tomó uno de los prototipos que utilizaban y lo abrió sobre una mesa. Instaló con cuidado la caja negra que tenía entre las manos, asegurándose de hacer las conexiones necesarias. Luego puso su mano sobre la cabeza del robot para activarlo. En cuanto estuvo encendido, Augusto colocó unos cuantos lápices de colores y una hoja en blanco al alcance de su mano, y le ordenó sencillamente:

—Dibuja. Dibuja cualquier cosa.

El androide aguardó por unos segundos, durante los que ambos científicos contuvieron la respiración. Acto seguido, comenzó a hacer trazos rudimentarios sobre el papel. Al principio las líneas que dibujaba parecían no tener sentido, ya que las iba trazando de manera inconexa y desordenada. Estévez hizo una mueca de incredulidad cuando vio que el androide, sin recibir ninguna orden de Augusto, empezó a cambiar de colores de manera aleatoria. Cada vez que lo hacía, el robot iba ganando ímpetu y coloreaba a mayor velocidad. Al cabo de unos minutos, tenía frente a él una obra sublime. Sobre el papel se podía ver a un hombre cabizbajo que miraba al suelo, sentado a solas sobre las piedras grises de un acantilado. El último plano lo cubría un matiz de colores variados, en

los que se distinguía el mar brumoso durante el amanecer. El nivel de detalle era tal, que se podía distinguir cada arruga en el rostro desalentado del hombre, cada hebra de su barba, cada relieve de la piedra maciza, cada remolino entre los nubarrones y cada ola sobre la mar.

Cuando terminó de dibujar, el androide se quedó esperando para recibir órdenes adicionales. Augusto miró el retrato complacido y se lo extendió a Estévez, quien se quedó examinándolo durante varios minutos, sin poder decir una palabra.

—¿Es original? —le preguntó por fin a su tutor.

—Así es —respondió Augusto, asintiendo con la cabeza.

—No te lo puedo creer. Esto es imposible.

—Al principio yo tampoco podía creerlo —dijo Augusto mientras se pasaba una mano por el cabello—. Pero ya busqué referencias de las obras que el androide dibujó durante la noche. Todas son originales.

Ambos hombres guardaron silencio por un rato. Fue Estévez quien lo rompió:

—Pero... ¿cómo puede ser posible? Los robots no pueden pintar por sí mismos, únicamente replicar obras que ya existen, o copiar la escena que tienen frente a ellos.

—No podían, Evaristo. Al menos hasta ahora —replicó Augusto, con inmensa satisfacción.

—¿Lograste replicar la habilidad de creación artística? —repuso Estévez, llevándose ambas manos a la cabeza.

—Todavía falta que hagamos algunas pruebas, antes de cantar victoria.

—Esto es increíble. ¡Es el descubrimiento más grande que se ha hecho en robótica conductual! —exclamó Estévez emocionado.

Después corrió a abrazar a Augusto, quien dejó escapar una enorme sonrisa.

—¡Eres un genio! —repetía Estévez una y otra vez.

—No hubiera sido posible, sin las bases de tu trabajo —le dijo Augusto. El logro es de ambos.

Estévez saltó de la felicidad, completamente extasiado. No paraba de

sonreír como un niño.

—¡Seremos famosos en todo el mundo! Ricos y famosos, por el resto de nuestras vidas. Imagínate la cantidad de dinero que haremos, después de patentar la tecnología... cuando logremos adaptarla a la música y la literatura. Obras de arte a pedir de boca.

—No te adelantes, Evaristo. No podemos reproducirla.

Estévez se quedó mirando a Augusto, con los ojos desorbitados.

—¿Qué estás diciendo? Tenemos que darla a conocer. Piensa en las aplicaciones que tendrá. Todo el mundo va a querer replicarla, y nosotros seremos sus únicos dueños.

—Piensa en el daño que le haríamos a los artistas...los volveríamos obsoletos. Es imposible competir contra un robot. Replicar esta tecnología es sacrificar para siempre la cultura. Sin arte, ¿cómo puede existir la humanidad?

—¿A quién le importa la humanidad, Augusto? Lo que importa es el progreso. Piensa en el renombre que tendremos después de esto.

—Esto no es progreso. Es una aberración contra la naturaleza. Renunciar a nuestra facultad artística, es renunciar para siempre a una de las cosas que nos hacen humanos.

—¡No seas ciego, Augusto! Este es el siguiente paso.

—Es el paso que quieres dar, gracias a tu ambición. Replicar esta tecnología sería una irresponsabilidad... no hay nada más que discutir —sentenció por fin Augusto, tras hacer una pausa—.

—¡Eres un imbécil! —gritó Evaristo con rabia—. ¡No puedes esconderle esto al mundo, los directores nunca te dejarán! —lo amenazó mientras daba un golpe en el escritorio—. Así me toque a mí asegurarme de ello.

Estévez se marchó, todavía iracundo por la discusión, llevándose consigo el dibujo que había hecho el robot. Augusto se quedó a solas en el laboratorio, cuestionándose sobre lo que acababa de ocurrir. Volvió a subir a androide sobre la mesa y le extrajo la caja negra del pecho. La guardó dentro de su maletín con cuidado. Después de dar un largo bostezo, decidió marcharse a su casa por el resto del día. Había olvidado que no había dormido en toda la noche y prefería descansar a enfrentarse de nuevo a Estévez.

Tumbado como estaba en la cama, Augusto repasó por enésima vez su lucha con Evaristo. Durante los meses siguientes, su ayudante se empeñó

en hacerle la vida imposible en el Instituto. Los primeros días después de la discusión, había intentado de convencerlo para que le hiciera una nueva demostración de la tecnología, pero Augusto se había negado enfáticamente. Había decidido que sacarla al mundo, podría significar el fin del arte como lo conocía.

Cada vez que pensaba en ello, recordaba con nostalgia las muchas horas que había pasado de niño en el taller de su padre, soltando la mano para pintar. Desde que Augusto tenía memoria, podía recordar a su padre sentado a las afueras de un parque, haciendo retratos de paseantes, turistas y parejas enamoradas. Podría no ser el oficio más llamativo, y su padre nunca había logrado ganar renombre con él, pero siempre que estaba pintando se le podía ver feliz. Además siempre fue suficiente para que la comida no faltara en su casa. No, definitivamente no cargaría con el peso de acabar con el arte sobre sus hombros; no estaba dispuesto a asumir ese riesgo.

De modo que ante la negatoria de Augusto, Estévez intentó hacerse con la tecnología por todos los medios que pudo. Pronto sus colegas estuvieron enterados del asombroso descubrimiento. Por más que Augusto intentó desmentirlo, la demostración había quedado grabada en las cámaras de seguridad del laboratorio. A Estévez le tomó un modesto soborno conseguirlas, para comenzar a exhibirlas en el Instituto. Al cabo de unos meses, la presión para que compartiera la tecnología se volvió agobiante. Era la joya que podría posicionar al Instituto como el mejor centro de investigación de robótica del mundo. El día en que Augusto encontró que habían forzado la cerradura de su archivador personal, supo que perdería la batalla. Esa misma semana el director le dio un ultimátum: o les dejaba estudiar la caja negra, o se marchaba del Instituto de una vez por todas. Con un dejo de resignación en la voz, Augusto le respondió que haría mejor en irse a la mismísima mierda. Esa misma tarde se encontró desempleado.

Dejaron a Estévez a cargo de su línea de investigación, en la que hizo descubrimientos que llevaron al perfeccionamiento de la robótica humanoide. Tras la pelea con el director, a Augusto le fue imposible conseguir trabajo en otro centro de investigación. Después de pasar unos años miserables como docente, terminó por jubilarse de manera anticipada y retomar el oficio olvidado que le había enseñado su padre. Desde eso habían pasado ya más de treinta años. Treinta años que Estévez utilizó para convertirse en el científico más reconocido del mundo. Treinta años que él había desperdiciado para terminar siendo un anciano vagabundo, que mendigaba billetes en el centro de la ciudad. Treinta años desde que en el Instituto habían olvidado para siempre su nombre; casi toda una vida.

Se levantó con rabia de la cama y, profiriendo un insulto en voz alta, se encaminó a una esquina de la habitación. "Ya veremos quién es el

fracasado”, dijo para sí mismo. Colocó la huella del índice derecho sobre el lector del baúl y escuchó el sonido del sello hermético que se rompía. Escarbó entre el tumulto de libros viejos, hasta que dio con la tapa de un compartimiento secreto. Removió el suelo falso y extrajo del baúl una pequeña caja negra. Se había mantenido indemne durante todo este tiempo.

Capítulo 4

El calor del medio día hacía que el tumulto que se había formado en la plaza fuera aún más insoportable, pero a la gente no parecía importarle. Docenas de personas estaban reunidas alrededor de un espectáculo sin par, que cada vez captaba la atención de más peatones que pasaban por el lugar. Los curiosos intentaban acercarse para echar un vistazo a lo que ocurría, pero eran repelidos por la pared humana que se alzaba entre ellos y la función. A sus espaldas se podía ver la estatua de Devol, cubierta por cintas de seguridad, pero la mayoría de los miembros de la protesta se habían incorporado al segundo grupo.

En la mitad del anillo de espectadores se encontraba Tin, pintando como un desquiciado. El androide cada vez coloreaba a mayor velocidad, con los brazos agitándose por el aire como un par de serpientes enloquecidas. Lo más extraño no era que el robot pintara sin ningún patrón identificable, uniendo trazos aparentemente inconexos, para formar figuras con el más minucioso detalle; era que parecía estar haciéndolo bajo inspiración propia, sin recibir ninguna orientación de su amo. Los espectadores contemplaban boquiabiertos la escena inverosímil, sin creer el prodigio del que era capaz el robot de aquel anciano vagabundo.

Entretanto Augusto estaba sentado sobre un muro, contando un fajo de billetes con una sonrisa en la cara. En un pedazo de cartón que estaba a su lado, se podían leer las palabras "Obras de arte a su antojo: 50 dólares". Cada vez que Tin terminaba una pintura, Augusto debía interceder para mantener el orden de los clientes, que esperaban el turno para ser atendidos, en una fila que parecía no tener fin. Entonces Augusto recibía el dinero de otra persona y tomaba su orden. Después le daba una instrucción vaga a Tin, como "pinta un atardecer", o "dibuja una familia cenando", o "pinta la sabiduría", e inmediatamente el androide se ponía a trabajar. En cuestión de minutos, Augusto le entregaba al cliente complacido, una obra que podría competir con la de cualquier pintor profesional.

Aquel día estuvieron trabajando hasta el final de la tarde. Augusto decidió marcharse cuando se sintió demasiado agotado para seguir lidiando con clientes, pero no sin antes prometerles que estaría de vuelta al día siguiente. Cuando por fin se llevó a Tin consigo, lo hizo entre las súplicas de personas que pedían una última pintura. Al llegar a casa, Augusto repasó los eventos del día con incredulidad, como si se trataran de un sueño. Habían tenido que parar ocho veces para ir a comprar materiales adicionales. El momento que Augusto más había disfrutado, fue ver la cara de idiota que había puesto el sobrino de Estévez, cuando buena parte de los manifestantes dejaron de lado la protesta para unirse a su grupo. Augusto desactivó a Tin, puso el morral repleto de billetes al lado de la cama y cayó agotado sobre el colchón. Antes de quedarse dormido,

pensó, con algo de vergüenza, que tal vez Estévez siempre había tenido la razón.

A la mañana siguiente llegaron a la plaza a eso de las ocho de la mañana, a la misma hora que acostumbraban hacerlo siempre. A Augusto le sorprendió encontrar una fila, de no menos de doscientas personas, esperando junto al puesto del día anterior. Aparentemente el rumor del androide pintor se había difundido durante la noche como un incendio. Cuando las personas los vieron aproximarse, comenzaron a vitorear. Augusto no podía creer que un grupo de completos desconocidos se alegrara tanto de verlo. Incluso algunos se ofrecieron para ayudarlos a montar el puesto. En cuanto terminaron, Augusto tomó un pedazo de cartón y escribió sobre él "Hacemos las mejores obras de arte de la ciudad: 75 dólares". Vio el disgusto en el rostro de los clientes que habían regresado del día anterior, pero ninguno se atrevió a protestar. Estaban decididos a obtener por fin una pintura del talentoso androide.

Cuando Tin empezó a pintar, el grupo estalló en aplausos. La fila de los que esperaban para ser atendidos, desapareció entre el tumulto de curiosos que eran atraídos por el bullicio. Al terminar la mañana, nadie permanecía en el grupo de la manifestación a favor de Estévez. Únicamente se podía ver al sobrino pretensioso, visiblemente irritado, parado frente a la estatua, y al sujeto del megáfono, que gritaba cuñas que eran ahogadas por el aclamo de la multitud. Augusto sonreía sin disimulo cada vez que volteaba a verlos. Algunas horas después, cuando se dio cuenta de que la masa de espectadores cubría casi la mitad de la plaza, quedó convencido de que no sería capaz de atenderlos a todos. Convocó a un par de muchachos que se encontraban cerca, le entregó varios billetes a cada uno, y los mandó a caminar entre la muchedumbre, exhibiendo un letrero que decía: "Espectadores: 2 dólares. Reserve su turno para mañana: 10 dólares". Aquella noche regresó a casa con tres maletines repletos de dinero. Tuvieron que parar de trabajar, porque Tin sufrió un daño en el hombro, producto del desgaste que habían tenido sus piezas.

La semana transcurrió en aquel movimiento frenético de manera interrumpida. Al llegar el sábado, Augusto y Tin tuvieron que ser escoltados por expertos de seguridad hasta la tarima. Detrás de ellos caminaba el grupo de asistentes, que ya sumaba casi una docena. En una enorme pancarta que llevaban se podía leer: "Las mejores obras de arte del mundo". La popularidad del androide y su dueño se había disparado de la noche a la mañana, ya que habían sido los protagonistas de un extenso reportaje en el noticiero. Al finalizar el tercer día de trabajo, Augusto fue abordado por una hermosa rubia, que le pidió su número celular. Cuando recobró la mirada, que se encontraba perdida en su escote, cayó en cuenta de que no intentaba seducirlo, sino conseguir una entrevista con él: era la presentadora de la sección cultural del noticiero. Augusto aceptó la invitación en un parpadeo, sin dejar de sonrojarse. Le dijo a la rubia

que lo disculpara, pero que era la primera vez que iba a salir en televisión.

La entrevista fue un completo éxito. Durante casi media hora, Tin demostró el talento sobrehumano que tenía para pintar, en televisión nacional. Los ratings se dispararon de tal manera, que tuvieron que recortar la sección de deportes, para dejar que el androide finalizara. Al terminar el noticiero, los teléfonos del estudio no paraban de sonar. Habían cientos de compradores interesados en las obras que Tin había pintado durante la entrevista. Augusto las subastó de inmediato, haciendo una pequeña fortuna en el proceso. Aquella noche, al volver a casa, había dormido como un bebé. Antes de acostarse, al repasar el diminuto apartamento con una mirada de reprobación, decidió que era inaceptable que el dueño del robot más famoso del mundo continuara viviendo en semejantes condiciones. Se durmió con una sonrisa en la cara, convencido de que había sido un estúpido por postergar el dinero y la fama durante tantos años.

De modo que, tras la entrevista que había tenido lugar el viernes, las cosas en la plaza se salieron de control. Por fortuna para Augusto, la Alcaldía se había interesado por el asunto, así que enviaron a un representante para que negociara con él. Rápidamente llegaron a un acuerdo, según el cual la Alcaldía se encargaría de patrocinar y organizar el evento, y a cambio recibiría algunas módicas regalías. Al principio Augusto se rehusó, al recordar que en más de una ocasión habían intentado echarlo de la plaza, en aquellos días en que todavía era un desconocido. Sin embargo, al llegar al trabajo el sábado en la mañana, terminó por aceptar: era imposible caminar entre el mar de personas que ocupaba el lugar.

En cuestión de horas, los servidores públicos transformaron por completo la plaza, para ofrecer un espectáculo con todos los pormenores que el androide prodigio ameritaba. Instalaron una tarima en un extremo, para que se pudiera ver el acto desde cualquier rincón. Para asegurarse de ello, acomodaron además dos pantallas gigantes a lado y lado de ella. Luego dividieron el sitio en tres secciones y en las dos primeras instalaron asientos. La primera estaría reservada para compradores interesados, que al finalizar la función podrían participar en una subasta de las obras del día. En la segunda se ubicarían los espectadores entusiastas del arte, aquellos que estarían dispuestos a pagar una entrada para ver el espectáculo de cerca. Y, en la última, estarían de pie los curiosos tacaños, aquellos que no querrían pagar una entrada, pero que tampoco querrían perderse al androide que pintaba mejor que cualquier humano.

Al finalizar la función, un sujeto muy serio estaba esperando a Augusto a la salida del escenario. El anciano se preparó para firmar un autógrafo,

pero el tipo lo interceptó, dándole un enérgico apretón de manos.

—Es un honor conocerlo, señor Augusto.

—Encantado —respondió el anciano, un poco confundido.

—Discúlpeme, no lo molestaré por mucho tiempo. Trabajo para Keller Roboter —le dijo extendiéndole una tarjeta—.

Augusto se quedó mirando los arcos rojos que formaban el logotipo de la Keller. Le sorprendió que la empresa de robótica más grande del mundo lo estuviera contactando. El dinero y la fama aún no habían borrado su ingenuidad.

—Estamos muy interesado en Tin —continuó diciendo el hombre—. Es asombroso lo que es capaz de hacer su robot —dijo dándole una palmada a Tin en el hombro—. Nunca habíamos visto nada parecido. ¿Dígame, que modificaciones le ha hecho?

—Ninguna...ninguna aparte de las comerciales —respondió Augusto, tragando saliva—. Si eso es a lo que se refiere. Solo tiene un paquete de expansión, que le permite pintar.

—Si, pero eso no explica que pueda crear obras de arte originales. ¿O acaso no sabe de dónde proviene su repentino éxito?

—Un día comenzó a pintar a su antojo, sin que yo tuviera que darle indicaciones.

—Entiendo, señor Augusto. Como le dije, estamos muy interesados en aprender más sobre su robot. Todo apunta a que es capaz de crear obras de arte por su cuenta. No tengo que decirle el avance que ello representa para el mundo de la robótica.

—¿Y entonces, qué es lo que quieren con él? —preguntó Augusto, con temor a escuchar la respuesta—.

—Queremos estudiarlo, para llegar al fondo del asunto. Hasta ahora nuestros ingenieros suponen que este comportamiento puede deberse a una anomalía aleatoria en su programación.

—¿Evolución artificial? —preguntó Augusto, olvidando su coartada—.

—Exactamente, señor Augusto. Me sorprende que esté enterado del concepto.

—Bueno...sí. Uno lee cosas en los periódicos, ya sabe.

—Claro. En fin, queremos comprar a Tin para poder estudiarlo. Dígame el precio, eso no es un problema para nosotros.

—¡No! De ninguna manera. Tin no está a la venta, por ningún precio.

—Vamos, señor Augusto, piense en su más alocada fantasía. Después de esto, podrá hacerla realidad. No tendrá que mover un dedo por el resto de su vida.

—No, lo siento. Tin no está a la venta, por ningún motivo. Tiene demasiado valor sentimental, me ha acompañado casi toda la vida. Estoy seguro que ustedes lo entenderán. Ahora, si me disculpa, tenemos que irnos.

—De acuerdo, no le robaré más de su tiempo. Pronto verá que tan convincentes podemos ser —agregó con un dejo de malicia en la voz—.

—Hasta luego, señor —dijo Augusto, sin mirarlo a los ojos.

—Hasta luego, Doctor Augusto —respondió el tipo, con una sonrisa en la cara.

Capítulo 5

Cuando se estaba marchando, Augusto alcanzó a escuchar el título con que el representante de la empresa se había despedido de él. Hacía muchos años que nadie lo llamaba Doctor. Escuchar esas dos sílabas hizo que un escalofrío le recorriera todo el cuerpo. Sabían. Había sido un idiota por pensar que podría salirse con la suya, después de haber armado semejante alboroto. Pensó que nunca hubiera aceptado aquella entrevista. Ahora todo el mundo podría enterarse de su pasado. Si los de la Keller ya conocían su identidad, de seguro que también la sabrían sus competidores. Con un poco de esfuerzo, cualquiera podría enterarse de quién era, y de las razones por las que había abandonado el Instituto hacía treinta años. Un miedo terrible lo invadió por completo, al imaginarse que descubrían su secreto. Le pidió a los escoltas que lo acompañaran hasta su apartamento, cerró con doble llave la puerta, desinstaló la caja negra que volvía a Tin un prodigio del arte y la escondió dentro del baúl. Pasó una noche llena de sobresaltos, soñando una y otra vez con que unos desconocidos se llevaban a Tin.

Desde ese día en adelante, la vida se le volvió intolerable. No había un momento del día en que Augusto no fuera abordado por algún representante de otra empresa de robótica. Llamaban a su puerta hasta altas horas de la noche, lo interceptaban mientras intentaba comer en la calle, cuando iba a comprar materiales, a la salida de la tarima después del espectáculo, y se ofrecían a llevarlo hasta el trabajo. Ni siquiera podía tener unos momentos a solas para entrar al baño, sin que el molesto repique del teléfono lo interrumpiera.

Empero, nadie fue tan insistente como el tipo serio de la Keller. Se convirtió en su sombra. Constantemente acosaba a Augusto, con visitas sorpresivas a su apartamento. Cuando decidía ignorar el timbre de la puerta, recibía a los pocos minutos un mensaje de texto: "Por favor tenga la amabilidad de atenderme, señor Augusto. Sé que está en casa". Cuando arrojó el celular por la ventana del apartamento, agotado por su incesante trino, recibió uno de regalo a la mañana siguiente, "De parte de sus amigos en la Keller Roboter". Incluso intentó denunciarlos sin éxito ante la policía, quienes afirmaron que un poco de interés difícilmente podría considerarse como una invasión a la privacidad. Cuando los escoltas dejaron de acompañarlos hasta su casa, arguyendo que su trabajo solo consistía en llevarlos hasta las funciones auspiciadas por la Alcaldía, Augusto sospechó, con toda la razón, que los de la Keller los habían sobornado.

Al cabo de un par de semanas, el constante hostigamiento estaba surgiendo efecto en el anciano. Llegó a considerar vender a Tin, a cambio de que su vida volviera a la normalidad. Se soñó en una isla del caribe, pasando sus días recostado en una asoleadora, mientras la chica del

noticiero alternaba entre traerle cocteles y hacerle masajes. El sonido del timbre se encargó de regresarlo a la realidad. Intentó convertirse en un ermitaño. Dejó de dar funciones en la plaza, haciendo que los representantes de la Alcaldía se sumaran al grupo de hostigadores. Canceló su línea de celular, con la consecuencia de que los regalos de la Keller, se iban acumulando a diario frente a la puerta de su apartamento. Por último, destruyó una pared y desconectó también el timbre. En total aislamiento del mundo, logró por fin obtener un poco de sosiego. Este nuevo sistema duró apenas unos días. La primera vez que Augusto abandonó su casa, regresó para encontrarse con la sorpresa de que habían forzado la puerta y buscado por todo el apartamento. Por fortuna se había llevado a Tin consigo. Tampoco habían logrado abrir el baúl. En ese mismo instante, decidió que era inútil seguir ignorándolos.

A la mañana siguiente, Augusto y Tin se encontraron sentados en una enorme sala de juntas. Las paredes metálicas sin ventanas hicieron que el anciano se sintiera atrapado, replicando perfectamente su situación. Frente a él estaban sentados dos abogados y tras ellos se encontraba el sujeto serio, esta vez bastante complacido.

—Estamos encantados de que haya decidido vendernos a nosotros, señor Augusto—empezó diciendo.

—Como si me hubieran dejado otra opción —replicó Augusto con rabia.

—No sé a que se refiere —dijo el tipo, sin parar de sonreír—. En fin, pronto verá que siempre fuimos su mejor opción. Usted podrá vivir el resto de sus días como quiera y nosotros haremos un descubrimiento sin precedentes, en cuanto logremos duplicar la tecnología de su androide. Es una situación gana-gana.

—El mundo no está listo para esta tecnología. Piense en lo que le están robando a las generaciones futuras.

—Eso no está para que nosotros lo decidamos. El mundo es el único que puede decidir lo que quiere. Y lo que quieren, señor Augusto, es esta tecnología, si aún le queda duda. ¿Acaso somos unos monstruos, por querer hacer algunas ganancias en el proceso?

—Son unos monstruos porque están apunto de exterminar la cultura. Una vez que hagan esto, no habrá vuelta atrás. ¿Qué valor tendrán las obras de arte humanas?

—Palabras muy elevadas, para alguien que lleva lucrándose de la misma manera durante semanas.

Augusto se quedó sin palabras para responder.

—Deme los papeles —dijo al fin, después de dar un suspiro.

Uno de los abogados le extendió un contrato, que Augusto firmó sin examinar demasiado. Miró una última vez a Tin, y no pudo evitar que se le aguaran los ojos.

—¿Me lo podrían devolver, cuando acaben con él?

—No creo que quede mucho para devolver, una vez acabemos de examinarlo, señor Augusto. Le haremos una transferencia con el dinero al final de la tarde. Ha sido un placer.

Augusto dejó al tipo con la mano extendida y se levantó para marcharse, con aire derrotado. Cuando estaba a punto de cruzar la puerta, escuchó que uno de los abogados hablaba detrás de él.

—Un momento, por favor. Quisiéramos antes una última demostración, a modo de garantía —dijo poniendo papel y lápiz frente a Tin—.

—Dibuja —ordenó Augusto, luchando para que no se le quebrara la voz—.

En cuestión de minutos Tin hizo un dibujo estupendo, en el que se podía ver al anciano retratando a su androide, sin público alguno, sentados en la plaza a la caída de la tarde. Augusto derramó una lágrima cuando lo vio.

—Quédese con él —dijo el abogado, entregándole el dibujo en una irrupción inesperada de compasión—. Eso sería todo, señor Augusto. Muchas gracias.

El anciano tomó el dibujo y se marchó sin mirar atrás. Sería la última vez que vería al androide en su vida.

*

Augusto por fin decidió mudarse de la capital y cumplir su sueño de vivir frente al mar. Con una parte del dinero que obtuvo, restauró una hermosísima casa en la playa. Utilizó el resto para fundar una academia para futuros pintores. En ella acoge gratis a todos los niños de la región, que demuestran aptitudes o interés por la pintura; hasta ahora son casi una veintena. Tres veces a la semana, trae profesores de diferentes universidades para que den clases a los alumnos. El resto de los días se la pasan practicando y aprendiendo entre ellos. Augusto recibió otra llamada de la muchacha del noticiero, quien se ofreció para hacerle una entrevista para promover la academia. Esta vez no pudo negarse más rápido.

Augusto incluso se ha animado a retomar la pintura él mismo, sin tener mucho éxito. Pero al menos disfruta viendo como los niños cada día mejoran. El día de su llegada al pueblo, incineró sus antiguos apuntes y arrojó las cenizas al mar. Pasado ya casi un año desde la aventura con Tin, se alegra de no haber subestimado a los científicos de la Keller. Parece que nunca pudieron hallar el diminuto dispositivo, que hacía que la caja negra se volviera completamente inútil, después de que Tin pintara una sola obra. Espera que no se den cuenta de ello, al menos no mientras siga vivo. Enmarcó el último dibujo que había hecho Tin, y lo colgó como un trofeo en medio del salón principal de la academia. Como un recordatorio para sí mismo, de que ciertas cosas siempre deben estar por encima de la ambición desmedida del hombre.

FIN